

HOMENAJE A ENRIQUE JIMENEZ SANCHEZ

Nunca se está preparado para hablar de un amigo y Maestro en una situación como esta. Si veis que me acongojo, me lo disculpáis.

Cuando me encargaron decir unas palabras sobre Enrique pensé: me siento y hablo, es fácil. Después de pensar un rato sobre él, y de alguna lágrima vertida, me dije: si lo tengo que hacer, quiero decir cosas que no se me van a ocurrir en directo, si improviso no voy a pasar de lugares comunes, tengo que intentar decir aquello que muchos de vosotros pensáis pero no estáis en mi lugar.

Esta decisión me ha venido bien, estos últimos días he estado mucho tiempo con Enrique y Rafael, he recordado y sentido. El sábado y domingo he paseado con ellos por el Sardinero, el médico me riñe, y mi mujer más, si como mucho y no ando al menos una hora al día. A Enrique le cambiaba la cara mirando la mar desde la baranda del Sardinero y Rafael hablaba de sus veraneos de niño y sus coles, así se llama en Santander a un baño en la mar.

Espero que Enrique este pescando o pensando en uno de esos problemas matemáticos que le gustaban, probablemente más a Rafael, y que resolvían rápidamente y al común de los mortales nos costaba Dios y ayuda. Si nos ve, su primer pensamiento seguro es: pero que hacéis!!!, después, y con esa sonrisa tan característica de él, se sentaría y nos escucharía con benevolencia. Pues va por ti: MAESTRO

Estoy aquí porque soy y seré siempre un alumno de Enrique y fui su amigo, como muchos de vosotros.

Muchas personas mueren y se desvanece su recuerdo, otras cuando desaparecen físicamente empiezan a vivir en nuestra mente y nuestro corazón, como Enrique Jiménez, Rafael Lopez, Guillermo Gómez Laa y Juan Benet lo hacen en los de muchos de nosotros hasta que nos encontremos, espero, en el otro lado.

Enrique fue un buen hombre, un hombre de bien en el sentido más amplio de la expresión.

La tolerancia era un rasgo de su carácter que llamaba la atención, siempre tenía una sonrisa, nunca un reproche. Seguro que no hubo persona que viéndose necesitada de su ayuda no la encontrase de forma que no pareciese tal.

Enrique fue para muchos de nosotros un gran Profesor. Enrique era un hombre sabio, sabía explicar los conceptos más enrevesados y profundos de forma sencilla y natural. Todo estaba al alcance de su mente privilegiada, la cual utilizaba de forma generosa y desinteresada para los demás.

Enrique era un hombre libre e independiente, elaboraba su criterio y establecía su posición sin apasionamientos ni condicionamiento previo alguno. Con que lucidez expresaba sus opiniones, cuando lo hacía.

Enrique era un ciudadano solidario y responsable, las veces que hablaba de política lo hacía sin pasión, de forma reflexiva, intentando, de verdad, buscar lo que nos une. Las injusticias y los comportamientos insolidarios le indignaban, el sufrimiento de los demás le afectaba, siempre pensaba en el bien común.

Enrique fue un gran padre y esposo, hay que estar ciego para no verlo.

Blanca le adoraba, le adora, se veía, si me pongo exagerado diría que le idolatraba.

Sus hijos se sentían seguros con él y queridos por él, también se veía. A mi querido Pablo se le iluminan los ojos cuando habla de él.

Enrique se jubiló con sesenta años, como Kobe Bryant que se ha retirado del baloncesto metiendo 60 puntos en su último partido. Se jubiló porque era un vividor, un disfrutón; quería vivir y viajar con Blanca, dedicarse a sus hijos y sacar a pasear y hablar con sus nietos, lo cual era probablemente lo que más le gusta hacer. Cuanto ha perdido la Ingeniería y cuanto ha ganado la familia Gimenez-Olavarria.

Qué lecciones nos dio a todos durante su enfermedad, hasta a sus médicos, explicándoles conceptos que para él eran obvios y para los demás de muy difícil comprensión; con que dignidad la vivió. Enrique sí que era un ser superior.

Blanca, no te preocupes, nos encontraremos con él, y podremos comprobar que en esta transitoria separación nos ha dormido y comido bien y está preparándonos una feliz segunda vida.

La familia Lopez-Jiménez de mi generación, o cercana, es sana, generosa, cordial, fiel: que más se puede pedir. Rafael, Enrique, Consuelo, con mucho esfuerzo y dedicación, y Blanca pusieron lo mejor de ellos para que así fuese.

Rafael fue también nuestro profesor, era un genio, especial, como todos, pero un genio. Era capaz de llevar tres, que digo, cuatro, o las que fuesen, conversaciones a la vez, dibujar y calcular un puente en unas servilletas, adivinar que sonata sonaba en el tocadiscos, fácil, pero también que orquesta era y quien la dirigía, por cierto, no sé porque razones del destino abandono la música y se aficiono a los partidos de futbol. A Rafael yo le quise, le quiero mucho, y ha sido una de las personas más importantes en mi vida.

Rafael era sorprendente, brillante, apabullante; la aventura comenzaba cuando llegaba, no se sabía que iba a decir, que iba hacer, con qué idea o problema te iba a espolear. La vida a modo de montaña rusa comenzaba cuando llegaba y la tranquilidad cuando se iba, pero había hecho su trabajo, había metido en tu cabeza más ideas e inquietudes que ningún otro profesor en mucho tiempo; incluso respecto a los vinos y los gin-tonic

Ya se hablado aquí sobre la importancia de la obra conjunta y por separado de Enrique y Rafael, y queda claro que lo que crearon es

comparable a la de los más insignes Ingenieros. Rafael y Enrique eran personas absolutamente diferentes, como el agua y el aceite, pero se religaron, se asociaron y trabajaron juntos. Como pudieron hacerlo, la respuesta es que eran unos genios, se respetaban, se admiraban, se suplementaban y se querían. Cuando uno hablaba el otro escuchaba con atención; a muy poca gente he visto que Rafael atendiese con entusiasmo, pero a Enrique sí.

A todo el mundo le llega el momento en que debe afrontar su propio destino sin muletas: sin padres, sin maestros, sin referentes personales. En fin, se llega a la primera fila, y los demás están al lado o detrás. Muchos de nosotros con la pérdida de Rafael, Enrique y Guillermo nos encontramos en esa situación.

Guillermo Gómez Laa decía de su maestro Jose Luis Fernández Casado lo recogido por Epicuro en su Exhortación 78:

El hombre noble se dedica sobre todo a la sabiduría y a la amistad; de estas, una es un bien mortal, la otra un bien inmortal.

Pues bien, eso digo yo de Enrique, Rafael, Guillermo y Juan

En Madrid a 22 de Abril de 2016